

LEYENDAS DEL QUIJOTE

DON ALONSO QUIJANO

La verdad es que Don Quijote de la Mancha, sin decir cómo ni cómo no, la ha dado por echárselas de caballero andante. Se ha marchado allá, por esos mundos, en pos de las aventuras. Pero es el hombre más destartalado, más atarantado, más descuadernado, más desabrochado, que existe "por todo lo descubierto de la tierra". Yo le tengo, ni sé si afecto verdadero o verdadera lástima. Y tengo que reconocer, como en efecto reconozco, que, sobre manera, se me parece. Parecemos, para hablar en romance, hermanos. Mucho más todavía que hermanos: gemelos. Aunque, a decir verdad, Don Quijote de la Mancha se me hace, nacido de mí, mi otro yo. ¿Estaré en lo cierto? Y si lo estoy, ¿por qué nos diferenciamos tanto?

Don Quijote de la Mancha sale cuando se le antoja. Ustedes lo saben. Regresa cuando menos se lo espera. Más destartalado y más atarantado que primero. Yo, en cambio, me quedo en la casa. Estoy aquí a toda hora. Me doy cuenta de los cuchicheos de la señora Ama y de Antoñilla, mi sobrina. Veo trabajar, todo el santo día, al mozo. Veo entrar y salir a Su Reverencia. Unas veces, con Maese Nicolás; otras, las más, solo. Me consta que se tienen largas y alborotadas charlas con mi sobrina y con la señora ama. Y con un nuevo amigo que ha llegado de Salamanca al pueblo. Es estudiante y habla hasta por los codos. Es bachiller, para más señas. Se llama Sansón Carrasco.

Digo todo esto como si no tuviera nada que ver con Don Quijote de la Mancha. Nada. Pero, de pronto, caigo en cuenta de que, como ya dije, somos como gemelos. Sí. Algo de esto hay. Porque, sin duda alguna, me constan los pasos de aquel caballero. Con fidelidad cabal. Como si los hubiera dado yo mismo. Los molinos de viento, los "desalmados Yangüeses", la Sierra Morena, el caballo Clavileño, la Cueva de Montesinos, el Caballero de la Blanca Luna, el encantamiento de Dulcinea. ¿Cómo no ha perecido Don Quijote de la Mancha en uno u otro de estos descabros? Tan fieros cuando físicos como terribles cuando morales. No ha perecido, tal vez, porque yo he andado a su lado: cosido, como si dijéramos, con él. Yo, sin que él se diera cata de ello, soy quien lo he salvado. Las gentes son, de nación, mal pensadas y peor determinadas. Cuántas veces no ha estado, en las ventas, en los caminos, y hasta en los palacios, por acabar con él. No se han atrevido a tanto, sin embargo. Las he detenido, no sé cómo, yo. En los instantes críticos, definitivos, se tropezaban conmigo. Y yo no sé qué es lo que tengo; pero mi cordialidad, mi sentido común, mis palabras sobre todo, desarmaron a todos. Por esto no ha perecido Don Quijote de la Mancha. No me cabe la menor duda.

Quién sabe si Don Quijote de la Mancha no piensa de mí otro tanto. Tanto es lo que nos parecemos. Parecemos, como dicen las señoras, dos gotas de agua. Quién sabe nada de nada. La vida suele ser confusa. El caso es que, durante los breves dos regresos que él ha hecho, nada me ha dicho. Por cierto que ahora, en esta salida, se ha demorado más que de costumbre. Ya debe venir, quién sabe cómo, hacia esta casa que, dígame lo que se diga, es sabrosísima. Ya debe venir.

¿Quién me metería a mí en la cabeza que Don Quijote de la Mancha, una vez que llegue y se reponga, se dedicará a la vida pastoril? Vayan ustedes, si les provoca, a saberlo. Por lo que a mí respecta, sólo tengo un pensadito. Llamar a Don Quijote de la Mancha, en lo que no más llegue, a cuentas. Si él piensa en mí tanto como pienso yo en él, estamos hechos. Vamos a conversar largo sobre todas estas cosas. Sobre todas. Así sabremos, frente a frente, quién es quién. Si él es, como me temo, el otro yo mío. O si, al revés, soy yo el otro yo suyo. Estoy que me relamo de gusto por este encuentro. Lo verán. Va a ser sonado.

PEDRO ALONSO

Yo soy cristiano viejo. A mucha honra. Por eso, no he podido soportar más el escrúpulo; la desgracia de mi vecino, el bueno del señor Quijano, apenas me dejaba dormir. El hidalgo debe haber perdido, del todo, o casi del todo, la chaveta. He estado, así, en casa de Su Reverencia. Le he contado todo. Me siento, ahora, como si me hubieran sacado una monña de los hombros.

Se lo he contado todo, sí, por cierto, al señor Cura. A él lo preocupa, también, el caso de Don Alonso. Se ha quedado de una pieza, al escucharme. Y es que, sin muchos rodeos yo regresaba de mi labor. Ya por la tardecita, como dicen. Caminaba y caminaba con el pollino del diestro. De pronto, ¿qué veo? ¡Santo Dios! Un caballero caído en mitad de la vía. Todo él oculto bajo el peso de sus armas. Dando, además, las más lastimeras, desconcertadas voces. Acudí a él por en qué podía socorrerlo. No se podía menear. No sabía, siquiera, de quién se trataba. Le levanté, entonces, con sumo cuidado, la visera; le limpié la cara, que apenas se le descubría de polvo y sudor. Fue entonces cuando me quedé mudo del espanto. Era mi vecino Don Alonso. Como pude, levanté al hidalgo. Lo desembaracé, prestamente, de la armadura. Lo subí sobre mi borrico, más sosegado que su cabalgadura; sobre esta lié, una por una, sus armas. No le caté, eso sí, herida alguna. Y echamos a andar hacia nuestra aldea. A mis preguntas sobre lo que le había pasado, no supo responderme a derechas. Todo se le fue en hablarme de la princesa Dulcinea del Toboso. Según él es la mujer más bella de la tierra. Yo juro que es la primera vez que la oigo mentar. El pobre hidalgo apenas se podía tener, de puro maltratado y molido, sobre el borrico. Sin embargo, no cesaba de hablarme. Con razones de lo más confusas. Ya era el cautivo Abencerraje; ya era el señor Baldovinos; ya era el mismo Marqués de Mantua. A mí, que le hacía el bien de traerlo hasta su casa, me confundió, todo el trayecto, con Rodrigo de Nárvaez. Una verdadera lástima. Yo conozco, como vecino suyo que he sido toda la vida, al "honrado hidalgo del señor Quijano". Y lo he encontrado vuelto, completamente, otro del que solía. Por esto fue por lo que, a la entrada de nuestra aldea, esperé a que anocheciera del todo. Me hubiera dolido que los vecinos vieran el estado en que llegaba el caballero. Ya noche cerrada, lo entré en su casa. Lo dejé al cuidado de la señora Ama y de la niña Antonia. Ellas, muy solícitas, lo pondrán bueno en unos pocos días. Yo no pude aguardarme más. Tenía necesidad de tranquilizar mi conciencia. Fui corriendo, antes que a la mía, a la casa de Su Reverencia. Se lo he contado todo, puntualmente. El, según me pareció, tomó la cosa a pechos. El sabrá, Dios mediante, lo que hacer.

LOS FRAILES DE SAN BENITO

Nosotros hemos sido siempre, por naturaleza, vocación, definición y oficio, pacíficos. No nos cabe en la cabeza que haya motivos, así, por así para pependencias, batallas, riñas, desafíos y agresiones de ninguna laya. Somos, para servir a ustedes, humildes Frailes de San Benito. Veníamos nuestro camino adelante. Con nuestros mozos de asistencia. Coincidimos, sin pensarlo, ya en pleno viaje, con ciertas señoras que se dirigían a Sevilla. A nosotros no nos consta quiénes son ellas; ni de dónde vienen; ni qué van a buscar en la ilustre ciudad de La Giralda. Apenas hacía rato, además, que nos habíamos juntado cuando ocurrió el percance de cuyo susto no alcanzamos a reponernos.

Veníamos, en sana paz y compañía, caballeros sobre sendas muías. De pronto, sin saber cómo ni cómo no, nos cierra el paso el caballero más estrafalario, más extraño, más insólito que hayamos acertado a imaginar. Sin pararse en pelillos, nos llamó "gente descomunal y soberbia"; nos conminó a que liberáramos las princesas que, según él, llevábamos cautivas en el coche que ocupaban las señoras. De nada valió que le explicáramos, en breves razones, quiénes somos. De nada. Arremetió, terrible, la lanza baja, contra nosotros. Yo tuve que echarme, con la presteza que pude, la muía abajo; mi compañero picó la suya y se alejó una buena pieza por el campo. Yo que caigo, sin alcanzar a comprender tan extraño suceso, y un escudero, que lo era del caballero, que se acerca a mí y, con igual denuedo, comienza a desnudarme. Si no es por el auxilio de nuestros propios criados que dieron con el escudero, a puño limpio, sobre el camino, no estaría contando el cuento.

Nosotros, juntos de nuevo y sin pensarlo dos veces, nos alejamos a todo el correr de nuestras muías. No acabamos de hacernos cruces del peligro que hemos corrido. Ignoramos quién haya sido nuestro enemigo. Su catadura era impresionante. Perentorias sus palabras. Inapelables sus acciones. Apenas tuvimos tiempo más que de ponernos en cobro. A muy duras penas, desde luego. Nosotros somos pacíficos. Somos Frailes de San Benito. ¿Cómo se llamará la singular caballero? Ni siquiera pudimos saberlo. A nosotros se nos hizo, vamos, como si hubiera sido arrancado..., si, exactamente, como si hubiera sido arrancado de un libro de caballerías.

DON SANCHO DE AZPEITIA

Conmigo, voy a decirles, no valen cuentos de camino. Yo, por gracia de Dios o del Diablo, soy de Vizcaya. Y llamo al pan pan y al vino vino. Y voy, como suele decirse, directamente al grano. A esto, con toda seguridad, debo el gravísimo percance por que he pasado. Ya he vuelto, gracias a la misericordia del cielo, a mis cabales. ¿Qué fue, en realidad, lo que me pasó?

Yo, Don Sancho de Azpeitia, para servirles, escoltaba estas buenas señoras con quienes he llegado a Sevilla. La ocurrencia fue ayer, anteayer, que sé yo. La ocurrencia fue durante el viaje. Y en cuanto se nos reunieron dos Frailes de la Orden de San Benito que, no sé a qué horas, desaparecieron. Lo recuerdo muy bien. Veníamos señoras, criados y yo en sana paz, nada teníamos. Nada malo acertábamos a adivinar. Y héteme aquí que aparece, de pronto, Don Quijote de La Mancha. Así dijo que se llamaba. Nos desafió, de lo más arrogante, a todos. Puso en fuga, lanza en ristre, a los dos Frailes de San Benito. Se llegó, luego, al coche. Hablando, al parecer muy cortésmente con mis señoras, nos conminó a dar la vuelta de El Toboso. A contarle todo esto, de su parte, a Dulcinea, una emperatriz cuyo nombre jamás había llegado hasta mis oídos. En este punto las cosas, no pude contenerme.

Le respondí de muy malas ganas, no voy a negarlo, al caballero. Eso bastó. El se encendió en cólera y echó mano a la espada. Yo soy de pésimas pulgas e hice otro tanto, valiéndome como rodela de una almohada de mis señoras. Y allá nos fuimos, cuan potentes nos sentíamos, el uno contra el otro. Le acerté terrible tajo en el hombro, por encima de su rodela, a Don Quijote. No sé cómo no lo eché abajo del caballo; ni cómo ese rocín que monta, con jinete y todo, no se vino a tierra. No sé, de veras, cómo pasó todo esto. Fue cosa de instantes. Don Quijote, tras mi golpe, apretó los dientes, invocó a Dulcinea de El Toboso, y se me vino, espada en alto, encima. Apenas tuve tiempo de cubrirme con mi almohada. Sobre ella, en mi mera coronilla, descargó la pesadumbre de su furia, digo, de su espada. Yo no supe más de mí. Debí caer, redondo, al suelo. Cuando pude abrir los ojos otra vez, echaba la sangre a borbotones todavía. Por la boca, por las narices, por las orejas. Estaba dentro del coche. Las señoras, muy angustiadas, se afanaban en curarme. Miré hacia el campo y no había, ya, ni rastros del caballero. Debió haberse entendido, no sé cómo, con estas señoras a quienes sirvo. Y debió, por último, irse su camino adelante. Todo pasó como en un sueño. Y yo, Don Sancho de Azpeitia, que soy decidido y verdadero, tengo, ya, qué contarles a mis gentes. Ellas no me lo irán a creer. Por lo que a mí hace, tengo la satisfacción de haberme batido con un auténtico caballero andante. Cuanto había leído, sobre estos caballeros, me pareció siempre fraude y embeleco. Don Quijote de La Mancha, estrafalario y todo, es otra cosa. Esta es la pura verdad Otra rosa

AMBROSIO

Tengo la satisfacción, como buen amigo y como buen cristiano además, de haber cumplido puntualmente las instrucciones de Grisóstomo. Puso fin a sus prometedores días, por desdenes de la pastora Marcela. Para sorpresa primero y dolor después de todos cuantos fuimos, en vida, sus amigos y camaradas. Le he dado, con ayuda de los demás compañeros y pastores, sepultura. Con el decoro y respeto debidos. Y, justo, en el lugar que él había señalado para ello; aquel en que, por primera vez, vieron sus ojos a la que fue motivo de su desgracia. Sobre la sepultura he quemado sus pertenencias. Para despedirlo, consentí que el caballero Vivaldo leyera en alta voz el más triste de todos los papeles de Grisóstomo: la "Canción Desesperada". En estas estábamos cuando, de repente, apareció Marcela. En homenaje a mi amigo muerto, le hice los más duros, justos, merecidos reproches. Tan conmovido y, a la vez, airado me sentía, que ni me di cuenta exacta de lo que ella dijo a propósito de la circunstancia que allí nos congregaba. Pero, ¿de dónde había salido aquel caballero que también se llegó al entierro, Don Quijote de La Mancha? No tuve tiempo de comunicar con él mayor cosa. No estaba sino para cumplir con mi amigo difunto. Sin embargo, las palabras de ese caballero andante nos serenaron a todos. De no ser por él, por su denuedo y razones, quizá sabe qué desaguizado le habríamos hecho a Marcela. Sí. Lo reconozco. Don Quijote tenía

razón. No había, siendo discretos como somos, nada más qué hacer. Siento, eso sí, no haber sido más cordial con el caballero. ¿Por dónde andará ahora?

PAREDES, PEDRO PABLO. Leyenda del Quijote. Publicamos de la Embajada de Venezuela. Buenos Aires, Argentina, 1979.